



**«Yo también conocía  
a Artur Paz Semedo»  
Roberto Saviano**

# «Yo también conocía a Artur Paz Semedo»

Roberto Saviano

«De todas las cosas que José Saramago era capaz de hacer, morir se ha sido la más inesperada. Si conocías a José, simplemente no se te pasaba por la cabeza. Claro que los escritores también mueren, desde luego. Pero él no te daba la menor posibilidad de pensar en un cuerpo cansado de la vida, de respirar, de comer, de amar. Se había ido consumiendo en los últimos años, entre la carne y los huesos parecía haber cada vez menos espesor, su piel era una fina capa que le cubría el cráneo. Pero él decía: “Si estuviera en mis manos, yo no me iría nunca”.»

Estas nuevas páginas de Saramago son un criptograma del murmullo continuo de las misteriosas revelaciones que recibimos.

Escribí estas palabras cuando me enteré de que José se nos había ido. Poco después, sin embargo, pude darme cuenta de que no había otorgado la confianza merecida a su obstinada voluntad de regresar.

Y aquí está otra vez con nosotros. De carne y hueso son sus palabras inéditas en este nuevo libro. Las palabras conservadas en las páginas de *Historia del cerco de Lisboa*: «Era luna llena, de aquellas que transforman el mundo en fantasma, cuando todas las cosas, las vivas y las inanimadas, murmuraban misteriosas revelaciones, pero va diciendo cada cual la suya, y todas desencontradas, por eso no logramos entenderlas y sufrimos la angustia de casi saber y quedarnos no sabiendo».

Estas nuevas páginas de Saramago son un criptograma del murmullo continuo de las misteriosas revelaciones que recibimos. Como un manual de traducción de sonidos, percepciones e indignaciones. La historia de Arturo Paz Semedo supone una revelación para el lector más distraído, para la lectora más

atenta, para el erudito más riguroso, para el filólogo más cínico. Es una orquesta de revelaciones. En Artur las revelaciones que he visto son las de todos los hombres y mujeres que se han defendido de la idiotez al darse cuenta de haber comprendido los dos caminos que existen: quedarse aquí, soportando la vida, charlando con ironía, tratando de acumular algo de dinero y algo de familia y poco más, o bien otra cosa. ¿Otra cosa? Sí, otra cosa precisamente. Otro camino. Estar dentro de las cosas. Dentro de Artur Paz Semedo está el meollo dorado ya expresado en *Ensayo sobre la ceguera*: «Siempre llega un momento en que no hay más remedio que arriesgarse».

«Siempre llega un momento en que no hay más remedio que arriesgarse.»

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista. No vivía en Italia. Probablemente nunca haya empuñado un ar-

ma, ni mucho menos se le haya pasado nunca por la cabeza la idea de disparar un solo tiro. Pero yo también conocía a Artur Paz Semedo y su nombre era Martin Woods. Su arma era la precisión. Una obstinada precisión.

El caos que te recuerda el lugar que ocupas en esta tierra y que te vuelve más humano.

Si te contratan en calidad de agente especializado en antirreciclaje en el mastodónico Wachovia Bank, un poco loco sí que has de estar. Porque incrustarse en las hendiduras de los balances financieros, lanzarse de cabeza a la masa informe de las cuentas corrientes, espulgar sin sosiego las fichas de los clientes del banco no es una profesión al alcance de todos. ¿Quién no acepta de buen grado una cierta dosis de caos diario? El caos que te recuerda el lugar que ocupas en esta tierra y que te vuelve más humano.

En el curso de una entera existencia podemos vernos llevando una vida llana y recta como una autopista sin salidas. O bien puede tocarnos acabar ante una bifurcación. ¿Por suerte? ¿Por desgracia? Tal vez por ambas cosas, tal vez por ninguna de ellas. El

caso es que cuando te hallas frente a una elección forzosa no puedes volverte atrás ni pretender que no pasa nada. Puedes tomarte tu tiempo y observar la encrucijada desde lejos, estudiarla, admirarla, dejándote fascinar y aterrorizar, puedes guiñarle un ojo en un vano intento de seducirla para que se aparte y te deje pasar. O puedes zapatear, blasfemar, descarnarte las manos, con la esperanza de que retroceda impresionada por tu furia. Pero seguirá allí. ¿Tomarás a la derecha o a la izquierda? La pregunta es retórica si te llamas Artur, o Martin. Desde el principio, cuando te das cuenta con el rabillo del ojo de que hay algo que no marcha, y que ese algo chirría, corneando el castillo de seguridades que siempre te ha servido de consuelo, desde ese mismo momento has tomado tu decisión. La encrucijada la ha tomado por ti. Lo quieras o no. Si hubieras apartado la mirada tan sólo un segundo antes, no habrías acabado petrificado por la Medusa.

Martin comienza a leer miles de páginas. Miles de páginas hechas de números.

Ahí está, una vez más, la encrucijada. Al principio es insignificante, trivial incluso, como un cheque de viaje cualquiera. Cuando piensas en esos pedazos de papel, piensas en turistas responsables que no quieren ver cómo se les estropean las vacaciones sólo porque en un momento de descuido han dejado que les roben la cartera. Por mal que vayan las cosas, piensan esos turistas, mi dinero está a salvo. Piensas en un alegre padre de familia que se ha pasado un año trabajando como una mula y ahora quiere desconectar y disfrutar de un merecido descanso con sus seres queridos. En México acaso, donde coloridos folletos prometen sol, playa y la afable cortesía de los lugareños. Pero ¿cuánto dinero le hace falta a un turista?





¿Cuánto cuestan los souvenirs? Ésas son las preguntas que se plantea Martin cuando hace la suma de los cheques de viaje de algunos clientes del banco. Una cifra monstruosa. ¿Cuántos margaritas puedes pagar con ese dinero? ¿Cuántos sombreros para regalar a tus parientes? Los números de serie son secuenciales. ¿Cuántas probabilidades hay de que se trate de una coincidencia? Prácticamente ninguna. ¿Y cómo es que todas esas pes y esas bes en las firmas de los cheques de viaje son tan abombadas? No te hace falta ningún perito grafólogo para que el cosquilleo de una sospecha se abra paso. Ahí está la encrucijada. Has empezado a recorrer el camino. Y entonces todo se acelera. Así es como funciona, se trata de

No te hace falta ningún perito grafólogo para que el cosquilleo de una sospecha se abra paso. Ahí está la encrucijada. Has empezado a recorrer el camino. Y entonces todo se acelera.





Un hombre que se desgañita para llamar la atención acaba por perder la voz al final si nadie se detiene a escucharlo.

una regla despiadada e ineludible, más precisa que cualquier ley física. Martin bombardea a sus superiores, quiere arrojar luz sobre las anomalías que ha encontrado. Tiene que haber algo detrás de ese dinero que pasa a través de las agencias de cambio mexicanas. Y en efecto hay algo. Hay millones de dólares que el cártel de Sinaloa, el más rico y poderoso de los cárteles mexicanos de la droga, hace transitar por las «casas de cambio» para enjuagarlo bien antes de que aterrice resplandeciente en las cuentas del Wachovia Bank.

La respetabilidad y la obstinación son dos cualidades que se refuerzan mutuamente. La primera cojea si no está respaldada por un plan de acción; la segunda es ciega si no posee la fuerza del consenso. Martin posee las dos, pero quien está por encima de él hace de todo para acallarle, para transformar su obstinación en testarudez, la testarudez en embotamiento, el embotamiento en locura. Es el más típico de los procesos: un hombre que se desgañita para llamar la

atención acaba por perder la voz al final si nadie se detiene a escucharlo. Martín ha metido las narices donde no debía y está a punto de destapar un caldero en el que hierven intereses planetarios. Su historia acabará bien. A pesar del silencio, la marginación, el agotamiento nervioso, al final llegarán la rehabilitación y las disculpas oficiales. La encrucijada le ha llevado al interior de un territorio oscuro, un frondoso bosque que no deja pasar la luz, hasta que aparece el primer resplandor entre las hojas. Desafortunadamente, no sabremos nunca lo que se oculta tras la encrucijada de Artur Paz Semedo.